

FUNDAMENTO NATURAL TEORICO- PRACTICO DE BUENAS RELACIO- NES HUMANAS

SUMARIO: 1) Dos frases clásicas señalan los extremos de esas relaciones: «el hombre es lobo para el hombre»; «si quieres ser amado, ama».—2) Una causa que suscita el amor: la semejanza, principalmente en los sentimientos, es decir la sintonía afectiva; pero estamos muy lejos de una sintonía afectiva universal.—3) Otra causa de unión y de amor: el reconocimiento de la elevación moral de nuestros semejantes; pero abundan los que no vibran con tan nobles estímulos.—4) Sin embargo, el hombre de noble elevación moral, ante el cual el degenerado no siente respeto ni admiración, vibra él en cambio muchas veces de compasión y piedad ante ese degenerado y se aplica a regenerarle.—5) Razón de semejanza universal entre todos los hombres unidos en la sangre y en el espíritu. Especialmente hay relación de prójimo (*proximus*) entre los que unen sus esfuerzos en una comunidad de trabajo. Los más favorecidos en bienes y cualidades han de ser los primeros en promover la perfección de las relaciones humanas. Estas razones naturales son el eco de otras más sublimes a que se refiere el Apóstol.

Las relaciones humanas, singularmente aplicadas a las empresas, como medio de promover en ellas la paz social y su evolución a formas de sociedad más perfectas, constituyen un tema de creciente actualidad mundial. De este modo, el mundo de los negocios se ha acercado al mundo de la filosofía. Permítasenos, pues, filosofar un poco sobre el tema, aprovechando las ideas que tuvimos ocasión de exponer en la sección filosófica del Congreso Internacional sobre Relaciones Humanas, celebrado meses atrás en Nimega.

«Homo homini, lupus». «Si vis amari, ama». Estas dos sentencias, «el hombre es lobo para el hombre», «si quieres ser amado, ama», cuya verdad está reconocida por el buen sentido de la Humanidad bien pueden sintetizar los datos que el psicólogo y el sociólogo ofrecen al filósofo interesado por las *Relaciones Humanas*. A éste corresponde, profundizando en aquella realidad fuertemente empírica, descubrir la naturaleza de esas Relaciones en los diversos aspectos que presenta, y además, pues el problema es gravísimo y exige apremiante solución, procurar extraer de ese objeto de su

contemplación especulativa, criterios y orientaciones prácticas conducentes a que esas relaciones sean en la vida real cotidiana lo que según su naturaleza deben ser.

1. Las dos frases clásicas nos señalan los dos extremos del sector inmenso y variadísimo que abarca el modo concreto de ser de esas relaciones. El «homo homini, lupus» es el límite de horror hasta el que puede desviarse lo que en sí debería ser lo más agradable en la vida del hombre como ciudadano del mundo: tratar con lo más excelso de él, los seres racionales sus semejantes. El «si vis amari, ama», además de evocar implícitamente lo deleitoso que es ser amado —por eso todos los desean—, enseña cómo conseguirlo por el medio garantizado por la experiencia como indispensable, eficaz y al alcance de todos. Las dos sentencias, comprobadas a lo largo de toda la historia, están hoy, en regiones de la tierra, tan en vigor como cuando se pronunciaron por primera vez.

Con estos datos, el problema se plantea por sí mismo: ¿qué hay en el hombre para que así puede ser *objeto* de hosca repulsión y de entrañable complacencia? Y en el *sujeto* que así aborrece a otro o se complace en él, ¿de qué ocultas raíces brota ese proceso de aversión o de agrado? La respuesta al primer miembro de ambas preguntas no es difícil de dar: la inclinación al propio bien es natural que se traduzca en aversión respecto de cuanto dificulte el conseguirlo. Más delicado es explicar cómo puede ser el hombre objeto de complacencia. Tratemos de hacerlo.

2. Con fuerza que por su intensidad y persistencia pudiera llamarse instintiva, está inclinado el hombre a buscar su propio bien; fuerza patente en todas sus actividades, desde las fisiológicas ínfimas hasta las más encumbradas de la inteligencia o la voluntad. Ella, cuando se encuentra debidamente regulada, le impulsa con maravilloso equilibrio a amarse y respetarse, a condescender y dominarse y renunciarse, a mantenerse en sobria indiferencia y mirar solícito por sí; todo de suerte que a cada uno de sus valores e inclinaciones personales, muchas veces antagónicas, se le otorgue lo que según su rango, como integrante de la noble condición del ser humano, le es debido. Si esa recta conducta del hombre consigo mismo la trasladase éste, guardada la conveniente proporción, a su trato con los demás, las Relaciones Humanas llegarían a su posible ideal.

Pero, ¿hay en los demás, en «el otro», títulos suficientes para que esa natural inclinación del sujeto a buscar su bien propio, sin descuidar su objeto primordial se despliegue hacia «el otro», hacia los demás? Tales títulos sin duda pueden darse, porque ese tipo de relaciones humanas se da. Al amigo estimado como «alter ego», así se le trata. Y ¿por qué se le trata así? ¿Qué hay en ese prototipo de hombre como objeto de relaciones humanas, para que tan excelentes las provoque? La raíz, la esencia de esas relaciones ya se ve que está en el amor. Lo demás son consecuencias. Pero el amor, ¿qué es lo que lo suscita? La semejanza, respondió atinadamente el Filósofo señalando uno de los caracteres suficientes para hacer amable a

una persona. Y semejanza, ¿en qué? Sin duda en nada tanto como en los sentimientos. La sintonía afectiva es estímulo decisivo, tan decisivo como delicado, del amor; hasta el extremo de que parece bastar ella no sólo para provocarlo sino aun para constituirlo, porque amar a uno, repitamos con el Filósofo también, es querer lo que él quiere y no querer lo que él no quiere. Y cuanto con más desinterés, con mayor olvido de sí propio se trasfunda el amante al amado anhelando y afanándose por el bien de él, más se depuran y ennoblecen el amor, la amistad, la ansiada perfección de las relaciones humanas. Así pues, promover, estimular y fomentar esa sintonía afectiva entre los hombres, analogía en agrados y desagradados, en aficiones y aversiones, en complacencias y displicencias, será evidentemente contribuir de manera directa y eficaz a mejorar las relaciones humanas. Es obvio, al mismo tiempo, que esto impone una esmerada educación universal en la selección de objetos sobre los que esa actividad afectiva versee, pues sintonía de sentimientos que sean subversivos de la dignidad individual, arrastraría no a las convenientes relaciones deseadas, sino a la aversión social: sería unirse para la destrucción de la humanidad mediante el más deletéreo y bochornoso de los procesos, el de la propia corrupción emanando del seno de la unión misma.

En cuanto a la recta sintonía afectiva universal, primer medio que el análisis de la naturaleza de las relaciones humanas nos ofrece para mejorarlas, es un hecho patente lo muy lejos que de ella nos encontramos. Por otra parte, de esperar a que surja espontáneamente esa deseada coincidencia para iniciar luego el proceso de amor del que fluyan las anheladas relaciones, el mal que hoy deploramos no hallaría nunca remedio, porque los interesados en provocar las distonías y las oposiciones no se dan reposo. Fuerza es, por tanto, buscar otro título al amor, y ver si se le puede encontrar en el hombre distinto de mí, en «el otro».

3. La excelencia de espíritu, la nobleza de miras, la dignidad magnánima, en una palabra, la auténtica elevación moral que reconocemos en otro, por ajeno que sea a nosotros y por lejos que nos hallemos de asemejarnos a tan superior ejemplar, nos cautiva y basta para despertar en nosotros la admiración, el respeto, el amor y aun el entusiasmo expresado en el tributo del honor, de la férvida alabanza y del servicio si preciso fuere. Fomentar, por tanto, en sí y en los demás la auténtica elevación moral, cuyo manantial incontaminado y único tiene que ser la nobleza interior, la de los pensamientos, sentimientos y anhelos, orientados siempre a lo justo, a lo recto y lo excelso, será obra meritisísima en pro de las debidas relaciones humanas. Es verdad que ni el superior valor de la elevación moral basta para hacer vibrar el amor y el «bien querer» en todos los espíritus. Mas lo anómalo de una excepción de esta clase es confirmación del poder genuinamente humano de ese estímulo. En el degenerado nada suscitan aquella excelencia ni aquella nobleza, tan remontadas sobre los bajos niveles en que él yace hundido. Pero el degenerado, podríamos añadir, no es sujeto en condiciones de aplicarse a verdaderas relaciones humanas.

Habría que recordar la sentencia bíblica: «cum in honore esset —por ser hombre—, non intellexit; comparatus est iumentis insipientibus et similis factus est illis»: se rebajó al nivel de las bestias.

Forzoso es, sin embargo, reconocer que esta solución expeditiva y no del todo injustificada, no puede ser definitiva. Hoy los degenerados, al menos en grado suficiente para impedirles vibrar a los nobles estímulos de la virtud con una conducta moral pasable, son demasiados para que nadie, y menos el interesado en la rehabilitación de las relaciones humanas, se desentienda de ellos con un gesto de desdén. En cuántos, además, la responsabilidad de su lastimoso estado se atenúa considerablemente por circunstancias bien ajenas a su voluntad, y de las que ellos mismos son víctimas. El degenerado es, asimismo, hombre, ni más ni menos que los que debidamente mantienen sus relaciones humanas. No habrá por tanto que negarle la capacidad fundamental de llegar a mantenerlas análogas él también. Y, en eferto, no han faltado quienes pasaron de ese triste extremo de abyección al término medio y aun a la cima de lo perfecto en su trato humano. Habrá, pues, modo de lograr esa transformación. ¿Cuál podrá ser?

4. La historia, a base de la naturaleza de las cosas, nos da el siguiente, bien diríamos que situado una jornada más adelante que el segundo de los señalados, y aun en el término mismo de esta subida hacia la perfección del espíritu. Ese modo consiste en que el hombre de noble elevación moral, ante el que el degenerado no vibra de admiración, vibre de compasión y piedad ante el degenerado y se aplique según sus posibilidades a regenerarle. La raíz de tal actitud está en la nobleza de que es capaz el corazón humano deseoso del bien de los demás, que sufre por verles sufrir y, con maravillosa y no pretendida compensación, goza al hacerles gozar. Nobleza de sentimientos que llega al extremo cuando quien así se entenece y aflige entrañablemente por todo mal ajeno y se afana con la más abnegada solicitud por remediarlo, parece insensible al mal físico propio. ¿Qué hay entonces en el hombre objeto de ese afecto, de esa solicitud, para que así logre suscitarla? Nada, por cierto, que halague. Nada de que se pueda esperar un éxito que compense los sacrificios del que lo procura. Pero lo que falta de atractivo y, refiriéndonos a los dos títulos de amabilidad antes mencionados, de sintonía afectiva y de excelencia de valores en la persona-objeto, lo compensa exuberantemente la magnimidad, la nobleza, la superioridad de la persona-sujeto. Y esto basta para que la sintonía afectiva surja, porque aun el degenerado quiere su propio bien y detesta su propio mal (aunque, como todo hombre, pueda equivocarse en la apreciación concreta de sus verdaderos bienes y sus verdaderos males), y el ansioso de regenerarle anhela con todas veras el verdadero bien del degenerado y detesta igualmente el mal de él, y con sus males se aflige y con sus bienes se siente regocijado y complacido. La sintonía alcanza aquí un límite insuperable de desinterés: todo es entrega al bien del otro. Además, afecto tan poderoso que destierra del corazón del hombre al egoísmo, tirano tenazmente adueñado del propio yo, no permanecerá inactivo, y esas disposicio-

nes interiores hacia el necesitado se revelarán en las obras y los sacrificios, en las palabras, en los gestos mismos y en el acento de la voz. ¿Qué sucederá al fin? Las dos sentencias citadas al principio habrán tenido aquí su cumplimiento, pero no de cualquier modo. El pobrecito degenerado era el «homo homini lupus». El magnánimo regenerador comenzó amando de veras, sin pretender ser amado; y su amor cordial, desinteresado, irá transformando al lobo en cordero, que sabrá ser benigno y humano, y amará a quien debe y lo que debe amar.

¿Son esto utopías? Si así es, ninguna más irreal que esa disposición interior capaz, diríamos, de obrar milagros. Y cabe, sin embargo, en la mente humana concebirla como posible. La caridad cristiana la ha realizado millones de veces. Pero permítaseme referirme a otro ambiente. Recordemos el epílogo de la tragedia de Sófocles, «Edipo en Colono». Antígona, cuya vida ha sido sucesión de «males sin medida», guía de su padre mendigo y ciego, al fin, muerto ya él o más bien arrebatado del mundo con la magnificencia de un semidiós, cuando a ella le amenazan «aún mayores males», se encuentra con «el sin par en bondades Teseo, rey soberano de Atenas», feliz de tener junto a su ciudad el cuerpo del anciano ya purificado, y dispuesto a hacer por aquella fiel hija y por su desdichada hermana «cuanto él pueda, si es provechoso para ellas». Antígona, falta en el mundo de todo arrimo, ¿qué le pide? Sólo una cosa: «Envíanos a la Tebas de nuestros abuelos para ver si logramos estorbar la muerte que ya se echa sobre nuestros hermanos» en guerra encarnizada entre sí.

Pero aquellos, podría objetarse, a quienes la heroica Antígona quería aliviar eran los suyos. «Multum valet commixtio sanguinis», que había de consignar Cicerón con la humanidad. No eran ajenos a ella sus hermanos. Así es; mas, sigamos razonando.

5. Reconocida la disparidad existente entre los vínculos que unen a los miembros de una misma familia entre sí, y los que entre sí relacionan a todos los hombres, es claro que no pueden llevarse al extremo de negar entre uno y otro caso evidente analogía: Una misma es la sangre de cuantos constituyendo una especie única, formamos la, con razón, llamada gran familia humana. Pero el hombre, sólo por serlo, es mucho más que sangre y organismo. Más vale un pensamiento humano que todas las maravillas de la creación material, proclama el extático S. Juan de la Cruz; el poder tener el hombre conciencia de sí, el poseer en sí el espectáculo de la ley moral, le encumbra infinitamente, afirma Kant, sobre la magnificencia del cielo estrellado, la máxima de las del universo visible; Kepler, formulando las leyes del cielo, sólo parece sobrepujado, si bien en grado infinito, por el Creador que las dictó y dió el ser a los mundos sujetos a ellas. Pues bien, la prerrogativa excelsa de la racionalidad de la que aquellas grandezas proceden, es común a todo hombre. Es lo típico y estrictamente humano. Es por ellas cada hombre un «alter ego», otro yo. No es, pues, ajeno a mí el hombre que lo parece. Humana es su sangre y humano su espíritu. Y si por ambos títulos todo hombre en vez de ajeno a nosotros, es nuestro

«prójimo» (proximus), ¿en qué eminente grado no lo será el que pone a nuestro servicio con la prestación de su trabajo, sus dotes genuinamente humanas: su inteligencia con la que dirige su labor, su voluntad con que se interesa por cumplir el cometido que cede en provecho nuestro? Indudablemente es monstruosa la injusticia que se cometa con el hombre que trabaja en nuestro servicio. No es extraño que su clamor furioso, reprimido por la coacción durante la época liberal y capitalista, haya estallado al fin con explosión apocalíptica. Indudablemente que en su tumultuoso ímpetu ha violado también el derecho llegando a extremos que, en justicia y por el bien de los mismos engañados, requieren la conveniente represión. Mas, sin negar a la justicia lo que es suyo, la leal actitud ante el espectáculo actual del mundo, fuerza a preguntarse: El paso primero hacia el anhelo ideal de unas relaciones rectamente humanas, ¿quién deberá darlo, el que por su inferioridad económica o por su desventaja cultural o social se encuentra falto de recursos para una vida individual familiar o social propia del hombre, o el que, al compararse sinceramente con aquél, tiene que reconocerse favorecido por la fortuna? Y ¿qué, si en el hiriente contraste mundial entre necesitados y pudientes, hasta ahora ha prevalecido la injusticia en provecho de éstos y opresión de aquéllos?

Justicia y humanidad nos dan voces, singularmente a los interesados en las relaciones humanas, a que de efecto y con obras amemos a nuestros semejantes. Y notemos que ese clamor lo refuerza poderosamente otra palabra interior que no bastan a hacer callar la indiferencia ni los pretextos contra lo Trascendente. Es el eco de la que en la sociedad pagana de tiranos y esclavos clamaba hace veinte siglos: «Servi, aboedite dominis carnalibus [...] cum voluntate servientes, sicut Domino». «Et vos domini eadem facite illis, remittentes minas: scientes quia et illorum et vester Dominus est in caelis: et personarum acceptio non est apud Deum». El que sirve, obedezca a su amo de corazón, como al Señor. Y vosotros, señores, portaos con los servidores como debéis, evitando toda dureza, persuadidos de que hay un Señor supremo, el mismo sobre ellos y sobre vosotros, y que ante El —«que premiará a cada uno según sus buenas obras»— no hay acepción de personas.

Jesús MUÑOZ, S. J.

Universidad Pontificia. Comillas (Santander).